

ORDENANZA NÚMERO 10 DE 1956

19 de diciembre

"por la cual se vincula el Departamento a una obra cultural y se concede un auxilio".

El Consejo Administrativo de Cundinamarca

O r d e n a :

ARTÍCULO PRIMERO.—Vincúlase el Departamento a la obra de la reparación de la casa de la antigua hacienda de "Yerbabuena" en el municipio de Chía y a la construcción del edificio que el Instituto Caro y Cuervo levantará en el mismo predio, con el objeto de que una o varias de las salas del museo que allí se proyecta establecer, lleve el nombre de Cundinamarca y sea destinada a la colocación de los retratos, manuscritos, obras y objetos personales de los numerosos hombres de letras que ha dado esta sección del país.

ARTÍCULO SEGUNDO.—Con tal objeto auxiliase al Instituto Caro y Cuervo hasta con la suma de cien mil pesos (\$ 100.000.00) moneda corriente.

ARTÍCULO TERCERO.—Autorízase al señor Gobernador del Departamento para celebrar con la entidad dicha un contrato por medio del cual se dé cumplimiento a lo dispuesto en los artículos anteriores de la presente Ordenanza y facúltase para abrir los créditos o efectuar los traslados que fueren necesarios.

ARTÍCULO CUARTO.—Esta Ordenanza rige desde su sanción.

Dada en Bogotá, a los diecinueve días del mes de diciembre de mil novecientos cincuenta y seis.

El Presidente, GUSTAVO MEDINA ORDÓÑEZ. — El Secretario General, REYNALDO GUZMÁN LEÓN.

Gobernación de Cundinamarca. Bogotá, diciembre veinte de mil novecientos cincuenta y seis.

Publíquese y ejecútese.

El Gobernador, GUSTAVO MEDINA ORDÓÑEZ. — El Secretario de Gobierno, ADOLFO URDANETA LAVERDE. — El Secretario de Hacienda, MANUEL RAMÍREZ MONTÚFAR. — El Director de Educación, GUILLERMO MARTÍNEZ LATORRE.

CENTENARIO DE MENENDEZ PELAYO

Colombia celebró solemnemente, con todo el mundo hispánico, el primer centenario del nacimiento de don Marcelino Menéndez Pelayo. El Instituto Caro y Cuervo se asoció a la Academia Colombiana de la Lengua y al Instituto Colombiano de Cultura Hispánica para conmemorar tal efemérides en nombre del Gobierno Nacional. Los actos en honor de Menéndez Pelayo tuvieron lugar los días 2, 3 y 5 de noviembre de 1956. En esta última fecha se efectuó un solemne acto académico en el Teatro de Colón, durante el cual los doctores Guillermo

Hernández de Alba y Rafael Torres Quintero, Subdirector del Instituto, exaltaron cumplidamente los méritos del filólogo santanderino. También dentro del programa de conmemoración del centenario, la Dirección del Instituto dispuso que se colocase en sus oficinas un retrato de Menéndez Pelayo, obra del pintor Pablo Sansegundo, y encomendó al investigador don Francisco Sánchez Arévalo la elaboración de una bibliografía con el tema *Menéndez Pelayo y Colombia*.

En el acto de descubrir el retrato de Menéndez Pelayo el doctor Torres Quintero pronunció el discurso que se transcribe a continuación.

Bien está que el Gobierno Nacional haya ordenado colocar este retrato de Menéndez Pelayo, debido al excelente artista don Pablo Sansegundo Castañeda, en la sede del Instituto Caro y Cuervo, donde los valores de la tradición literaria y cultural de Colombia han encontrado culto activo y permanente al lado de los eternos valores de la tradición cultural y literaria española y americana; y que su imagen presida, junto a las de Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, las labores del Instituto, que trabaja por esa unidad superior de los pueblos que reside en la lengua, unidad que tanto vigorizó, fomentó y ayudó a cimentar con sus obras y espíritu el gran montañés, paladín de la fe y símbolo de los supremos valores de la raza hispana.

Vasta, densa y fecunda fue la producción de Menéndez Pelayo, y no es ésta ocasión para entrar en pormenores que la crítica sabia ha ido ponderando y los estudiosos de las más diversas latitudes se han propuesto definir, destacar, y a veces rectificar. Hay, sin embargo, en ella dos aspectos que se presentan casi involuntariamente al lector de don Marcelino: uno es de orden general, e interesa a todos los amantes de las letras españolas; otro es particular, y nos interesa especialmente a nosotros, los hijos de la América hispana. Si me atrevo a recordarlos en esta ocasión no es porque crea que ellos hagan falta para la consideración cabal de la obra del gran polígrafo sino, simplemente, porque uno y otro aspecto son, en conjunto, parte de la alta y gloriosa enseñanza del genio español que, en el siglo XIX y gracias al poderoso talento de uno de sus más excelsos hijos, fecundiza la vida espiritual europea con los frutos de un humanismo creador y activo.

Mucho se engañaría la mirada superficial del contemplador de la obra de Menéndez Pelayo que se entretuviera en aspectos parciales y sumarios de la misma. En efecto, esa obra presenta rasgos atractivos y dominantes que podrían, por sí solos, desviar el juicio del crítico. Como es de todos sabido, mucha parte de ella es esencialmente polémica. *La ciencia española*, obra de sus primeros años, es un arrebatado apasionado, por lo demás no del todo injusto, contra el krausismo dominante en la cátedra y en la vida española de la época; el *Calderón y su teatro*, conjunto de conferencias sobre el gran dramaturgo, es también un alarde oratorio de juventud, "polémico y agresivo", según las propias palabras de don Marcelino; *Los heterodoxos españoles* transpiran un clima de ataque y defensa donde los golpes del gran luchador caen por igual sobre nombres y doctrinas cuyo único denominador común era no ser estrictamente católicos, pero que, por eso mismo, presentaban un flanco al ataque sistemático, en el cual no siempre podía el juicio mantenerse ecuánime y sereno. Los mismos extraordinarios *Estudios sobre Lope de Vega*, algunas de cuyas páginas se reconocen ya como adquisiciones definitivas de la investigación, conjugan la ardorosa pasión lopista de su autor con la defensa cerrada del genio nacional en la persona y la obra del Monstruo de la Naturaleza; y hasta el *Horacio en España*, que por su índole de investigación bibliográfica y

por las auras ideales del lirismo clásico a cuya exaltación se destinaba, debiera sustraerse a pasajeras circunstancias de escuela, aparece un poco estrecho y se resiente un tanto de la celosa defensa del horacianismo poético, efecto, es verdad, de la amorosa vena latina que embelleció y movió tantas veces la pluma del inmenso polígrafo. Añádase a todo esto el encanto (que para otros ha sido defecto) del estilo literario, a veces pomposamente oratorio, de cláusulas amplias y abiertas al fuego de la pasión, y se verá por qué esa mirada superficial, al quedarse encerrada en tan sumarios y parciales aspectos de la obra de Menéndez Pelayo, conduciría casi a una fatal desviación del juicio y a una valoración inane de su vasta y densa producción.

Muy otro será por fuerza el resultado de esa visión si se comienza por reconocer un hecho de la mayor importancia. Menéndez Pelayo fue el más certero y anticipado crítico de su propia producción. El mismo advirtió las limitaciones de su obra, reconoció mucho de lo adjetivo de las circunstancias en que ella se fraguó y llevó a término, sobre todo cuando tuvo que referirse a hombres o hechos que se movían en el presente; rectificó algunas de sus tesis, como la relativa a Calderón, a quien puede decirse que cada vez se aproximaba más y anhelaba considerar a espacio un día en una obra especial; o como la de su antigermanismo, en el que llegó a una amplitud que era casi imprevisible a partir de la *Epístola a Horacio*; o como su propio concepto de lo clásico; y otras rectificaciones, que se tradujeron en progreso crítico, en ahondamiento de los problemas, según lo ha señalado recientemente Dámaso Alonso. Fue él mismo quien algunas veces dio indicios de que el estilo oratorio suyo no le satisfacía y de que aspiraba a otro más enjuto y sobrio, al que siempre se acercó más y logró con admirable maestría. Se entregó con verdadero amor de erudito y conocedor de la literatura española al estudio de todo el acervo cultural de la Edad Media, donde tan sólo cuentan la historia y los valores intemporales, no condicionados por determinado ambiente ideológico o religioso, y dejó así aquel monumento de historia literaria que es la *Antología de poetas líricos castellanos*. Arrebatado y absorbido por una idea pura como es la enunciada en la Advertencia preliminar de la *Historia de las ideas estéticas* de que, en el orden literario, "detrás de cada hecho, o más bien, en el fondo del hecho mismo, hay una idea estética, y a veces una teoría o una doctrina completa de la cual el artista se da cuenta o no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo", persiguió esa idea a través de las más diversas producciones literarias, los más diversos climas y ambientes, las más diversas personalidades históricas, dando siempre ejemplo de pura objetividad, celoso rigor interpretativo, hondura psicológica de exégesis crítica, y una generosidad y comprensión tales, que hacen inolvidables e imperecederas páginas dedicadas a pensadores tan libres como Hegel y Goethe o a autores de producción tan revolucionaria como los románticos franceses. Todo esto indica claramente no sólo el gran sentido de autocrítica en Menéndez Pelayo, sino la profunda lección de honradez y humanidad con que él, adelantándose a cualquier objeción de estrechez de criterio o de limitación en el estudio, da pruebas irrecusables de libertad de investigación y análisis de temas cada vez más extensos y complejos. Pero en medio de todo esto, y más allá de los resultados de su tratamiento de las cuestiones históricas, religiosas, estéticas y bibliográficas, está su verdadera y última lección de humanismo creador y activo, que se traduce en la universalidad de espíritu, en la coordinación de todos los productos culturales a un centro único que es el hombre, en la reagrupación de todas las materias, artes y ciencias en torno a una línea continua e irrompible, eficaz y poderosa, como es la tradición del pueblo y de la

raza, dentro de espacios y fronteras geográficas, sí, pero cada uno de los cuales es apenas eslabón y como episodio de la voluntad creadora y omnipotente de la Divinidad. Se concibe por qué fray Luis de León era para don Marcelino el paradigma del clasicismo, del humanismo verdadero y del más genuino españolismo.

Pero, como dije al principio, hay otro aspecto importante de la obra de Menéndez Pelayo que nos interesa de manera particular a nosotros, los hijos de la América hispana. Se comprenderá que me refiero a la *Antología de poetas hispano-americanos*, cuyos estudios preliminares han venido a constituir una verdadera historia de las letras en los países de habla española, antiguamente dominados por la Metrópoli. No hay para qué decir que en la génesis de esa obra se reconocen y explícitamente se confiesan por su autor diversas influencias, ora en la parte meramente informativa, ora en la que pudiéramos llamar de orientación individual y de crítica. Así, por ejemplo, en lo que hace al Ecuador las obras de Herrera y de don Juan León Mera, en el Perú Jiménez de la Espada, Icazbalceta en Méjico, y Vergara y Vergara en Colombia, o de manera todavía más directa y definitiva, Miguel Antonio Caro, Antonio Gómez Restrepo y José María Rivas Groot. Pero ya se tratara de la información puramente bibliográfica o bien de la influencia personal y directiva, es lo cierto que una y otra pasan a segundo plano frente a la originalidad de concepción, al desarrollo y las apreciaciones particulares que enriquecen y hacen única la *Antología* de Menéndez Pelayo. No me parece ocioso en este punto recordar aquella idea que, como hermosa floración de vivo humanismo, preside esta producción del sabio. Acude don Marcelino a una que es típicamente humanista, pues para cimentar el desenvolvimiento de la lengua y la cultura españolas en la América de Colón, se vale de la vitalidad que acusan las lenguas clásicas para proliferar bajo otros climas y en otras latitudes que no son los suyos originarios. Así acuñó aquel párrafo de soberana intuición que no por encerrar una opinión ya conocida deja de tener el valor de un pensamiento dominante en la composición de la *Antología*: "Fue privilegio — dice — de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo a sí mismas, persistiendo a través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dio a la lengua su nombre". Y a continuación, con el poder sintético que siempre lo caracterizó, narra en pocas palabras las vicisitudes de las lenguas griega y latina, para concluir con esta clara pero trascendental afirmación: "Dos lenguas hay, entre las que modernamente se hablan en el mundo, que pueden aspirar en cierto grado a esta misma singular excelencia de las lenguas clásicas. Entre las dos se reparten el número mayor de las gentes civilizadas, y con ambas puede darse la vuelta al planeta con seguridad de ser entendido en todas partes. Son las lenguas de los pueblos colonizadores que nos presenta la historia del mundo moderno: representantes el uno de la civilización de la Europa septentrional, del espíritu germánico más o menos modificado, del individualismo protestante; el otro del genio de la Europa meridional, del organismo latino y católico: pueblo que en los días de su grandeza parece que sentía resonar en sus oídos, más enérgicamente que ninguno de sus hermanos de raza, el *Tu regere imperio populos, Romane, memento*". Ahora bien: ¿qué significa, desde el punto de vista de la historia de la cultura, esta idea preliminar y básica de la *Antología*? Significa, nada menos, que apoyar la unidad de lengua, raza y cultura de los pueblos americanos, en la unidad de raza, lengua y cultura de uno de los principales pueblos europeos, precisamente de aquel que ha sido más fiel a los postulados del orden romano, transformado un día providencialmente en orden cristiano y católico. Y ¿qué significa esa unidad para los

pueblos que fueron antes colonias y hoy son países libres y soberanos? Significa la adscripción inmovible a una comunidad de pueblos dotados de características homogéneas y con una jerarquización de valores realmente coincidentes, lo mismo en la esfera de las creaciones ideales que en forma concreta de la conducta práctica y el carácter moral. Este será, sin duda, uno de los aportes más valiosos y permanentes de la obra de Menéndez Pelayo a la cultura general hispánica, cada vez más solidaria entre sus miembros y por eso cada vez más digna de encomio.

Es, por supuesto, enteramente natural y comprensible que no siempre acertara Menéndez Pelayo en la caracterización y juicio de cada autor individual. Así, por ejemplo, en el panorama literario colombiano no hay duda de que faltó mucho a su visión de crítico al enjuiciar casos como el de Castellanos o el de Domínguez Camargo; al primero, en parte, por no haber dispuesto de investigaciones adecuadas al valor que como documento histórico, lingüístico y etnográfico tienen las *Elegías* de Castellanos; al segundo porque el autor del *Poema de San Ignacio* participa, evidentemente, de los caracteres del barroco literario, por el que Menéndez Pelayo sintió siempre cierto desvío. Pero estos y otros posibles reparos son cosa adjetiva, y es mucho más importante reconocer cómo él, al tratar de cada escritor americano, de cada poeta, aun el más aparentemente humilde, sabe hallar una reminiscencia clásica, un rasgo que revela común ascendencia y entronque con las letras peninsulares, un dato bibliográfico que encadena determinada producción al foco o a la corriente de origen. Y es que ésta fue siempre la labor de su genio, eminentemente ordenador y constructivo. Dolíase cada vez de que España no poseyera todavía una completa historia de su literatura, y él, que era catedrático de esta materia, buscaba por todos los medios ir aportando materiales a la vasta construcción. Toda su obra puede decirse que es una contribución de primer orden a este gigantesco y supremo anhelo de su vida, y cuánto, cuánto no tenemos que agradecerle que con gesto realmente generoso y admirable hubiera tenido para las literaturas de América indígena un puesto en su corazón y un lugar adecuado para ellas en el impecadero monumento de sus obras, reflejo de su amor a la España de siempre y a la stirpe común.

DONACION DE LIBROS

El día 23 de marzo de 1955 el doctor Karl Schwendemann, Embajador de la República Federal de Alemania, hizo entrega al Instituto de un conjunto de valiosos libros, donados por el gobierno de su país a esta entidad. La donación incluye varias decenas de importantes obras de la literatura alemana (Goethe, Schiller, Hölderlin, Novalis y otros grandes poetas; como también notables novelistas del pasado y del presente), y de filología, como el *Handbuch der germanischen Philologie*, de Friedrich Stroh, *Gestalt und Leben der Sprache*, de Michael Aschenbrenner, *Geschichte der deutschen Sprache*, de Adolf Bach, etc. El acto de entrega de dichos libros dio ocasión para recordar las múltiples vinculaciones culturales que han existido entre Colombia y Ale-